

La presencia de la interpretación en el proyecto “Boscos de Ferro”

La fiebre del hierro del pasado ha creado el paisaje del presente

Cristina Simó i Espinosa. Investigadora y guía interpretadora
momieta@gmail.com

La Vall Ferrera es un alto valle situado en el Pirineo de Lleida. Posee una densidad demográfica muy baja, con una media de edad muy elevada. Actualmente la actividad económica está orientada al turismo principalmente, con una cierta presencia del sector primario. La explotación del turismo tiene el grave inconveniente de la estacionalidad, ya que se concentra sobre todo en los fines de semana de invierno, si no falta la nieve, y en poco más de un mes en verano, si no llueve demasiado.

Como atractivo turístico, el valle había utilizado básicamente el reclamo de sus montañas y su paisaje, como tantos otros, sin divulgar realmente su particularidad: en el pasado fue un lugar que bullía de actividad. Hubo explotación de mineral de hierro desde el siglo I hasta principios del XX, casi sin interrupción. La minería, el carboneo (carbón necesario para la separación del hierro), la reducción del mineral *in situ* y las actividades agro-ganaderas, han dado el paisaje particular mencionado.

A partir del año 2000, en una zona amplia de Vall Ferrera, desde el Pic de Màniga hasta el fondo del valle, se empezaron a desarrollar una serie de proyectos de investigación sobre arqueología, paleobotánica y mineralogía, y el nuestro, un inventario de patrimonio construido en alta montaña. Teóricamente eran proyectos independientes, pero las investigaciones se empeñaban en converger. Para entender lo que estábamos viendo no nos quedaba más que aliarnos. Fue así como las personas que trabajábamos en las investigaciones contrajimos la fiebre del hierro.

Surgió la idea con el Parc Natural de l'Alt Pirineu, junto con las entidades a las que pertenecíamos y el ayuntamiento del valle, de crear un proyecto de dinamización local potente. Así nació *Boscos de Ferro* (Bosques de Hierro).

Una prioridad del planteamiento inicial era la implicación activa de la población local. Un punto clave era la restitución del conocimiento de su patrimonio, que no fuera solo prestadora de servicios turísticos, sino que propusiera, condujera y

participara en actividades. Otro punto clave era desestacionalizar el turismo, incrementarlo, darle a conocer las peculiaridades del terreno y que se relacionara con la población local.

Algunas de las acciones que se planearon para el primer año de actividad pública de Boscos de Ferro, en el 2010, fueron las siguientes: ciclos de charlas divulgativas para la población local y la visitante; jornadas científicas internacionales; presentaciones de libros; actividades en la escuela rural; una feria de forja con demostraciones y talleres; y varias actividades interpretativas puntuales y permanentes. En este artículo contaré el trabajo realizado en los itinerarios interpretativos guiados y/o autoguiados permanentes.

Para realizar el trabajo se creó un equipo en el que había la representación científica de las distintas investigaciones y el Parque. Me tocó la coordinación del grupo, que trabajaba en presencial y *on-line*. Empezamos por definir qué itinerarios ya señalizados por el Parque cumplirían nuestros objetivos y decidimos además crear itinerarios en los pueblos. Así pues, se utilizarían: un itinerario en alta montaña, en una zona donde hubo actividad de explotación de hierro en casi todas las épocas; un itinerario de media montaña, en el que la actividad de explotación de hierro había coexistido claramente con la actividad agro-ganadera; y los mismos pueblos y sus alrededores, donde se tenían que definir recorridos en los que destacara el hierro.

Se hicieron varias salidas de campo con el equipo al completo, empezando por los dos itinerarios de montaña, para definir en qué lugar se pondría qué tipo de cartel y cuáles iban a ser sus contenidos. Hay que decir que estas salidas no valían para cronometrar el tiempo real de recorrido. Para bien o para mal, el número de carteles venía determinado por el presupuesto del Parque, así que decidir cada emplazamiento y cada contenido teórico era objeto de un largo debate. Una vez decidido empezó el trabajo *on line*. Envié al resto del equipo varios documentos que hacían referencia a la Interpretación

del Patrimonio. También trabajé en la definición de la frase tema. Después empezó ese ping-pong que seguramente la mayoría de intérpretes conocen: para cada cartel recibía los textos científicos correspondientes y a partir de ellos creaba un texto interpretativo. Este se reenviaba a todas las persona del equipo. Cada una hacía sus comentarios, correcciones y añadidos. Volvía a reescribir el texto teniendo en cuenta todos los apuntes y volvía a mandarlo, recibiendo después otra ronda de comentarios, y así hasta tener el texto definitivo.

Había problemas un poco distintos según el tipo de cartel. En los carteles pequeños cabía un título, un texto de 400 caracteres y una ilustración. Generalmente, para alguien que conoce mucho un tema científico, es difícil decidir a qué debe renunciar ya que todo es importante y no siempre se tiene a mano el lenguaje no científico. Como 400 caracteres no dan mucho de sí, se puede decir que el resumen y la traducción al lenguaje interpretativo eran procesos encarnizados. En las carteleras grandes el problema era, interpretativamente hablando, luchar contra la idea de que en ellas no había que preocuparse del espacio. En el caso de los carteles pequeños, cada vez que había logrado los 400 caracteres, la siguiente ronda volvía a situar el recuento a niveles estratosféricos. En las carteleras, la densidad de los textos se acercaba a la del cemento. Dos cosas fueron básicas en este período: la frase tema pegada al pie de la pantalla y la buena, muy buena, voluntad del sector científico. En mi caso, al ser de los dos bandos, en algún momento temí desarrollar una doble personalidad, pero esta circunstancia también me permitió entender mejor. Resultó un trabajo apasionante e intenso.

Paralelamente a los textos, se definían las ilustraciones, ya fueran fotos o dibujos. En el caso del dibujo se contó con dos ilustradoras afortunadamente inmunes al desaliento, que llevaron muy bien el dibujar cosas que no habían visto nunca; enviar los dibujos, recibir muchos correos con sugerencias, otras ilustraciones, fotos, mil peticiones de detalles y ajustes, volver a dibujar, volver a enviar; volver a recibir, etc. En el caso de las fotos hubo que buscar, pedir permisos, consensuar pies de foto, etc.

Cuando el equipo decidió, después de varios meses, que la cartelera estaba completa, el Parque se encargó de realizar y emplazar los carteles.

Quedaban los recorridos por los pueblos del fondo del valle. En este punto ya no había casi presupuesto y la mayor parte del equipo estaba ocupado en otras tareas, con las primera actividades públicas a la vuelta de la esquina. Por otro lado, la prospección sobre el terreno de los elementos tangibles, quizás por apresurada, dio pocos resultados. Se solucionó el

expediente con un folleto seguramente no muy original, pero si práctico y útil.

Sigue aquí mi análisis personal del trabajo realizado. Cuando los carteles ya estuvieron en su sitio resultó que algunos no eran como creía que los habíamos diseñado. En todos los trabajos donde entran muchas variables, siempre hay algo que se escapa. A menudo es porque no todas las personas damos la misma definición a la misma palabra, ni damos el mismo valor a las cosas. Solo hay que recordar cuantas definiciones tiene la palabra “interpretación”. También existe el margen de error. Aparentemente las modificaciones que sufrieron los carteles eran pequeñas: un interrogante que desapareció, un hueco injustificado que se llenó con una insólita foto en el último momento, algún cartel donde se juntan los contenidos de dos, una ubicación confundida, etc., etc. El resultado final, según mi punto de vista, perdió la filosofía y la coherencia interpretativa. No llega a ser una colección de carteles informativos, pero tampoco llegan a ser interpretativos, a pesar de llevar el nombre.

Creo que, cómo pasa a menudo, la clave está en la percepción aún muy superficial que hay de la interpretación, en el uso muy extenso de esta palabra y sus derivados. De alguna manera está de moda, pero las distintas administraciones que deciden los presupuestos no tienen una visión clara de lo que es interpretación del patrimonio ni de los beneficios que puede traer a medio y largo plazo. Como se expuso en las Jornadas de la AIP de 2012, la prueba está en que no hay evaluaciones posteriores de las acciones interpretativas que ellas mismas financian. Una vez colocados los elementos tangibles (generalmente, carteles) ya no se piensa mucho más en ellos. O quizás es que los objetivos de estas administraciones y los de la interpretación del patrimonio no son los mismos. En este caso, además, es posible que yo misma no supiera transmitir suficientemente bien la idea y me creara unas expectativas que no eran compartidas.

En Boscos de Ferro, sin dudar de la buena intención de las partes implicadas, la interpretación no tuvo en realidad el peso que parecía que podía tener, ni en las actividades permanentes aquí relatadas, ni en las temporales anunciadas como interpretativas. La buena noticia es que algo sí está, y algo se debe notar.